HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
HEMEROTECA

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

7

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

1966

LA DECENA TRÁGICA

José P. Saldaña
Presidente de la Sociedad Nuevoleonesa
de Historia, Geografía y Estadística

La voz pública calificó certeramente, con el título de Decena Trágica, los acontecimientos que precedieron a la caída del Gobierno Constitucional de don Francisco I. Madero.

Diez días de incertidumbre, de cruel lucha entre el bien y el mal; diez días en que se puso a prueba la maldad de unos y la bondad de otros; días negros de nuestra historia, trágicos, sangrientos; pero al mismo tiempo engendradores de grandes sucesos que habrían de cambiar radicalmente la vida institucional del país.

Se impuso la fuerza de las armas sobre la fuerza de la razón, del espíritu y de la Ley. Imposición negativa como todo lo que carece de principios generosos y por su propia esencia condenada al fracaso.

Habíase formado un clima contrario a Madero. Los mismos que habían sido derrotados en la revolución, los que aparentemente se sometieron al nuevo régimen, fueron quienes sembraron el descontento y lo cultivaron con apasionado encono.

Por un lado, el ejército técnicamente derrotado; pero en quien descansaba la seguridad del nuevo Gobierno. Por otro lado, los políticos despechados, que habiendo ocupado en el régimen porfirista puestos de alta categoría, no se resignaban a lo que suponían una suplantación. Había que agregar todavía a los maderistas que de buena fe criticaban a Madero, y a quienes, con carácter independiente, juzgaban necesario oponerse a lo que consideraban un Gobierno débil e inepto.

Tendencias todas ellas distintas en su origen e intención pero coincidentes en la finalidad que significaba el desprestigio de un equipo gubernamental lleno de deficiencias, pero imbuído de las mejores intenciones democráticas y de los más sanos principios de honradez.

El cuadrilátero

El Congreso de la Unión, integrado por la voluntad del pueblo mediante elecciones de las más limpias que han tenido lugar en México, estaba formado lógicamente por personas de diversas tendencias siendo en su mayoría simpatizadores fervientes de Madero. La Oposición se creó por obra de las circunstancias más que por acción premeditada de los enemigos.

Cuatro Diputados asumieron el papel representativo de la oposición. Inteligentes, jóvenes, dotados de brillantez en la exposición de sus ideas, honestos, reuniendo en sí mismos condiciones de prestigio, lograron obtener la categoría suficiente para asumir el difícil papel de oposicionistas, pero que resultaba airoso cuando tenían enfrente numerosos personajes de cultura envidiable.

Los cuatro parlamentarios de la oposición eran los señores Licenciados Francisco M. de Olaguíbel, José María Lozano, Querido Moheno y Nemesio García Naranjo. Ganaron el título de Cuadrilátero con el que se les distingue históricamente.

Contendieron con tribunos de categoría por su ilustración, su honradez, espíritu combativo, dignidad y amor a la democracia, como los Licenciados Jesús Urueta, Luis Cabrera, Roque Estrada, José I. Novelo y Enrique Bordes Mangel e Ing. Félix F. Palavicini.

Sin embargo, porque había en el cuadrilátero sinceridad, porque en su oposición existían convicciones, porque ninguno de ellos ofrecía antecedentes criticables, por eso precisamente los ataques resultaban demoledores para el régimen, máxime cuando había en muchas ocasiones razón para ello.

Los defensores del régimen, tanto o más preparados que los impugnadores, se batían con denuedo, con inteligencia y con la fuerza que les daba el cumplimiento de los principios revolucionarios, que significaban la libertad de que se gozaba para la expresión de las ideas, y el respeto al derecho del voto, que ha significado para México la preocupación de más de un siglo.

Pero la opinión pública inclinada al lado de Madero, paulatinamente iba perdiendo fuerza y en esa pendiente peligrosa buena parte tuvo el cuadrilátero; pues siempre el que combate a un Gobierno, por recto y progresista que éste sea, crea un ambiente de simpatías aun cuando sea por breve tiempo.

El ejército

Al triunfar la Revolución Maderista quedaron las Instituciones bajo el sostén del ejército que había sido derrotado. Absurdamente se procedió en esta

forma porque Madero consideró que el ejército debería estar al margen de la política ya que, tratándose de profesionales imbuídos de disciplina y de honor, deberían continuar en servicio. Tanta era su confianza que ni siquiera conservó a los contingentes armados que lo siguieron en la gran aventura.

No valieron consejos de los amigos porque para Madero, como hombre de honor creía ciegamente que todos sus colaboradores obrarían en este plan. Grave error que vino a reconocer cuando ya era demasiado tarde.

El hombre

Bondad impresionante, credulidad extrema, valor excepcional, idealismo limpio, fueron características congénitas de Madero. Cualidades preciosas para un hombre público de un país ideal que posiblemente todavía no existe.

La malicia no existía en Madero; pero podía comprender que a su alrededor se movieran fuerzas traidoras. Cuando se le hablaba de intrigas, cuando se le comunicaban noticias adversas apenas si ponía atención, pues siempre tenía a flor de labio la más amplia excusa. No conocía la maldad ni creía que existiese. Ingenuo, con sana ingenuidad, disculpaba fácilmente los errores de los demás, sin que alcanzara a comprender que muchas veces encerraban dolo y mala fe.

Estimaba grandemente a los amigos pero no participaba de sus temores. Tenía tal confianza en sí mismo, que le parecía imposible la traición ni mucho menos que se le derrocase. Sentía en lo más profundo de sus convicciones estar cumpliendo con los ideales que había exaltado en la contienda armada. Los ataques a su Gobierno los consideraba simplemente como producto de la libertad y eran en consecuencia la mejor demostración de su triunfo. No había por qué ni para qué preocuparse. Si había luchado por la libertad, se disfrutaba de ella y lo correcto era mantenerla incólume a toda costa.

Antecedentes de la tragedia

Tres personajes cuentan como antecedentes de la decena trágica: el Gral. Bernardo Reyes, el Gral. Félix Díaz y el Gral. Victoriano Huerta.

El Gral. Reyes, señalado en primer término por la opinión pública como el indicado para suceder al Gral. Porfirio Díaz, en el momento decisivo optó por retirarse de la contienda aceptando un puesto diplomático en Europa, a donde marchó eliminándose automáticamente de la política, puesto que siguió al servicio del Gobierno Porfirista.

Cuando ya habían pasado los acontecimientos revolucionarios maderistas intentó una contrarrevolución internándose al país por la frontera con los Estados Unidos y después de algunas correrías sin importancia se entregó preso en Linares, N. L.

El Presidente Madero ordenó se le tuviesen toda clase de atenciones, y lo que pudo ser un consejo de guerra sumario, se convirtió en cautiverio en la prisión militar de Santiago Tlaltelolco, de la ciudad de México.

Por cuanto al Gral. Félix Díaz, habiendo encabezado un cuartelazo en el Puerto de Veracruz, fue sometido al orden quedando prisionero en San Juan de Ulúa, Veracruz, y trasladado posteriormente a la Penitenciaría de la Ciudad de México.

Del Gral. Huerta existían antecedentes prestigiosos. Había combatido la sublevación del Gral. Pascual Orozco hijo, caudillo de la revolución maderista, levantado en armas en contra de su antiguo jefe por no caminar de acuerdo con él.

Con una poderosa columna el Gral. Huerta, como General en Jefe, se enfrentó a los valientes orozquistas derrotándolos completamente en las batallas de Rellano y Bachimba, del Estado de Chihuahua, regresando a la ciudad de México con la aureda de la victoria. Esto le valió las simpatías de Madero, que conservó a pesar de algunas situaciones enojosas que significaron el retiro de Huerta del servicio activo.

Se acerca la crisis

Al principiar el año de 1913 todo era confusión y pesimismo. La actuación del cuadrilátero en la tribuna de la Cámara de Diputados cumplía la más amplia y demoledora tarea. La siembra de ideas contrarias a la solvencia moral del régimen maderista y a su capacidad administrativa, estaba minando día a día la fuerza del Gobierno.

Abonaba la tierra removida la prensa de oposición. Los periódicos doctrinarios lanzaban cargos tremendos en contra del Gobierno dejando resabios y sembrando dudas en todas partes.

Las versiones más desatinadas se transmitían de boca en boca y formaban una malla espesa que ahogaba la realidad, presentando un panorama de tal manera desastroso y desesperante, que obligaba a pensar en la necesidad de un cambio.

El hombre de la calle no sabía a qué atenerse. Había recibido a Madero como héroe, y apenas transcurrido algo más de un año, se le veían serios defectos, que opacaban las cualidades y los méritos que antes se le concedían.

¿Qué había en todo ello? No era cosa fácil de explicar, no existía forma alguna de comprender lo que bullía en el fondo de las pasiones exaltadas, y la opinión pública, incapaz de formarse por el criterio de los más, se imbuía de la prédica constante de los menos, que con su dialéctica transformaban la realidad en la forma que a sus intereses convenía.

Cierto que los hombres como los pueblos tienden siempre a caminar hacia adelante; pero cierto, también, que en ese esfuerzo de superación los obstáculos hacen muchas veces que se retroceda; pero es signo que acompaña al progreso superar los obstáculos para avanzar cada vez más.

De esta manera, puede explicarse que la presión ejercida en contra del régimen maderista, deslumbrara a muchos, convenciéndolos de que había sido un error considerar a Madero con la capacidad suficiente para dirigir los destinos de México.

Al iniciarse el mes de febrero, la atmósfera estaba cargada de negros presagios. Algo grave estaba por suceder sin que pudiera definirse lo que sería.

Quince días antes el Bloque Liberal Renovador, integrado por la mayoría de Diputados del Congreso de la Unión, de filiación maderista, había entregado al Presidente don Francisco I. Madero un extenso memorial, redactado con la vehemencia de quienes, conocedores perfectos del momento que vivían, formulaban sugestiones de altísima importancia, que al transcurso de los días, resultaron verdaderos vaticinios.

Sin reservas, llamando a las cosas por sus nombres, expresaban los renovadores: "La Revolución va a su ruina arrastrando al Gobierno emanado de ella sencillamente porque no ha gobernado con los revolucionarios. Sólo los revolucionarios en el poder pueden sacar avante la causa de la Revolución". Porque Madero, ingenuamente, creía que gobernaría con libertad, sosteniendo los postulados de la Revolución, con la colaboración de los mismos personajes que habían sido clave del Gobierno Porfirista.

Si aquellas personas no habían actuado en la Revolución ni sentían sus ideales, su gestión no podía identificarse con tendencias que les eran contrarias a sus principios.

Así veían la situación los Diputados renovadores diciendo: "De ahí esa guerra civil que se desenlazará tal vez con el derrumbamiento del Gobierno más fuerte que ha tenido la República".

La insistencia de aquellos amigos de Madero en ver próxima la caída del Gobierno era producto de sus sentimientos revolucionarios y del conocimiento real de la situación prevaleciente. Por lo demás muy cerca estaba la realización de esos presagios.

Madero encontraba un pesimismo agudo en lo que le exponían los Diputados, confiando siempre en sí mismo, porque tenía la convicción de estar go-

bernando con toda honradez, tratando de cumplir lo que había prometido al pueblo.

Pensando en su forma de ser apegada a la más estricta ética, creía que sus colaboradores harían honor a los compromisos contraídos, de manera que, siempre optimista, no hizo caso a las advertencias que de la mejor voluntad se le hacían, y con ello marcó fatalmente el signo de su martirio.

Después de las palabras la metralla

Preparado el ambiente por los civiles, el siguiente paso correspondía darlo a los militares. Para la explosión no faltaba sino la chispa que diera principio al fuego.

El día 8 de febrero fue de incertidumbre, de nerviosismo. Las más variadas y extrañas versiones circulaban por la ciudad. Algo grave estaba por suceder. En el ambiente se respiraba la proximidad de la tragedia.

Quienes preparaban la asonada, sí sabían cuáles eran sus propósitos, y hasta dónde estaban resueltos a llegar. En cambio, para Madero y sus cercanos colaboradores existía incertidumbre, presagios más o menos graves, pero ningún dato concreto que pudiera descubrir la conspiración.

Pasó el día entre zozobras precursoras de lo que en la noche ya sería signo de activísima acción engendradora de uno de los más desventurados episodios de nuestra historia.

Amanecer trágico

Con el nuevo día nacía la deslealtad del brazo de la tragedia. No se trataba ya de la versión callejera, ni de la amenaza tribunicia, sino del hecho tangible que hablaría por boca de los cañones y de los fusiles.

El Gral. Manuel Mondragón, Jefe de la Artillería, con asiento en Tacubaya, estaba en pie de guerra, dispuesto a usar las armas en contra del mismo Gobierno que se las había confiado para la defensa de las instituciones legales. Disponía de 300 Dragones del Primer Regimiento y de 400 hombres del Segundo y Quinto de Artillería.

Habían sonado pausadamente las cuatro de la mañana. Principiaba el día 9 con fatídicos designios. A esa hora el Licenciado José Ma. Pino Suárez, Vice-Presidente de la República, llegaba a la casa del Licenciado Federico González Garza, Gobernador del Distrito, para comunicarle la fatal noticia.

Por teléfono fue plenamente confirmada: primero por conducto del Inspector General de Policía, Mayor Emiliano López Figueroa; después por testimonio del Prefecto de Tacubaya. Pasados unos cuantos minutos se tuvo conocimiento de que los alumnos de la Escuela de Aspirantes de Tlalpan secundaban el movimiento. Se trataba de 400 muchachos entre los 17 y 18 años de edad, a quienes mañosamente se les sorprendió manchando a tan temprana edad su vida de soldados.

A las cinco horas se desprendieron las dos columnas en dirección de la ciudad de México. La comandada por el Gral. Mondragón fue directamente hacia el Cuartel de la Libertad y sin disparar aumentó sus contingentes con 100 hombres del primer Regimiento. En seguida avanzaron sobre la penitenciaría, emplazaron varios cañones frente al edificio, y sin resistencia alguna libertaron al Gral. Félix Díaz.

Pasaron rápidamente a tomar posiciones frente a la ciudadela, fortaleza de gran importancia estratégica por sus resistentes muros, ubicación cercana al centro de la ciudad y por contener enormes almacenes de armas y de parque, capaces de proporcionar elementos para tres meses consecutivos de combates.

Durante tres horas se mantuvo el fuego hasta la capitulación de los defensores ocupando la fortaleza Félix Díaz y Mondragón.

La traición hizo posible el rápido tránsito. Defendía la ciudadela el Gral. Manuel P. Villarreal, valiente y leal. Distribuyó a su gente en los lugares más adecuados, emplazando dos ametralladoras en la azotea a cargo de dos expertos oficiales. El se mantuvo en ese lugar la mayor parte del tiempo, vigilando con sus gemelos el movimiento de las tropas enemigas y dando órdenes para dirigir el fuego en la forma que convenía.

No era fácil para los atacantes el triunfo. Así confiadamente lo consideraba el Gral. Villarreal; pero ignoraba que entre los oficiales a sus órdenes había quienes estaban comprometidos con el enemigo.

Durante tres horas se estuvo combatiendo sin que lograran los atacantes avanzar. De pronto, los oficiales que manejaban las ametralladoras, en un movimiento previamente acordado, volvieron sus armas en dirección a donde se encontraba el Gral. Villarreal, dejándolo muerto con una ráfaga de balas. Siguieron vomitando fuego las ametralladoras hasta terminar con todos los soldados que se encontraban en aquel lugar.

Lo demás fue cosa fácil. Los oficiales comprometidos maniobraron rápidamente imponiendo su criterio. Se izó bandera blanca y el enemigo, sin riesgo alguno, a tambor batiente, entró al enorme edificio.

Los aspirantes, mandados por oficiales del ejército, al llegar a la ciudad se dividieron en dos fracciones: una se dirigió al Palacio Nacional y la otra a la prisión de Santiago.

La guardia del Palacio, de acuerdo con el movimiento, fraternizó con los aspirantes, procediéndose de inmediato, a redoblar la vigilancia. Sorprendido el Gral. Angel García Peña, Secretario de Guerra, fue apresado junto con don Gustavo A. Madero, hermano del Presidente. Como tratara el General de defenderse fue herido levemente.

Minutos después de estos acontecimientos llegó el Gral. Lauro Villar, Jefe de Armas de la Plaza, en conocimiento de lo que había sucedido, violentamente acudió al Palacio, y con unos cuantos soldados, haciendo alarde de audacia y de valor, dio órdenes imperativas que sorprendieron a los guardias y a los aspirantes, haciéndose dueño de la situación.

En la confusión que se provocó logró el Gral. García Peña salir del lugar de su reclusión, así como don Gustavo Madero, quienes se dirigieron inmediatamente a informar al señor Presidente de lo que sucedía.

La otra fracción de aspirantes atacó la prisión de Santiago sin encontrar gran resistencia, más parecía un simulacro que un formal combate. La confusión provocada por el tiroteo la aprovecharon algunos reclusos para evadirse. No estaba ese acto en el programa y fueron ametrallados sin compasión, muriendo más de 200.

Puesto en libertad el Gral. Bernardo Reyes, motivo principal de la acción, se le dio el mando de los contingentes armados, fortalecido por más de 100 soldados que allí se agregaron. Jinete en magnífico caballo el Gral. Reyes ordenó la marcha hacia el Palacio Nacional, que creía en poder de sus amigos, según noticias que se le habían comunicado.

Confiadamente llegó a la puerta principal del histórico edificio, dando voces para que se le dejara franco el paso. La contestación partió de los fusiles y de las ametralladoras, entablándose un nutrido tiroteo, siendo el Gral. Reyes uno de los primeros en caer sin vida. Su estrella eclipsada de tiempo atrás, había llegado al cenit.

El combate fue terrible, y solamente por las ventajosas posiciones de los defensores del Palacio, pudieron repeler el ataque infligiendo muy serio descalabro a los insurrectos, que dejaron entre muertos y heridos más de quinientas personas, algunas de ellas civiles, que se habían agregado a la columna, creyendo que se trataba simplemente de un brillante desfile.

Los sobrevivientes huyeron en distintas direcciones tratando de unirse a los sublevados que asediaban la Ciudadela. A pie y a caballo pasaban por las calles a toda velocidad espoleados por el miedo, al igual que numerosos caballos sin jinete que corrían alocadamente.

Entre los prisioneros hechos por las fuerzas del Gral. Villar se encontraba el Gral. Gregorio Ruiz, a quien se le formó consejo sumarísimo de guerra siendo fusilado inmediatamente.

Se impuso, además, un doloroso escarmiento, fusilándose a 15 aspirantes, que el destino señaló. Ordenó el Gral. Villar que se formaran en línea desplegada para ser pasado por las armas uno de cada cinco.

Este primer episodio había sido del todo favorable a las armas legítimas; pero quedaban reservadas muchas sorpresas.

¿Y Madero?

Vivía en el castillo de Chapultepec. Informado de los sucesos llamó a su lado a los amigos y a los funcionarios de mayor confianza. Acudieron los Ministros Ernesto Madero, Lic. Rafael Hernández, don Manuel Bonilla; el Vice-Presidente, Lic. José Ma. Pino Suárez; el Gobernador del Distrito Federal, Lic. Federico González Garza; el Inspector General de Policía, Mayor Emiliano López Figueroa; los Ayudantes del Presidente, Capitanes Federico Montes y Vázquez Chaffino, y algunas otras personas. Después de una agitada deliberación Madero decidió trasladarse al Palacio Nacional.

Encabezó Madero la comitiva montando un caballo blanco de buena estampa, llevando en la diestra una bandera nacional. Lo escoltaba un pelotón de alumnos del Colegio Militar, y en seguida caminaban las demás personas.

Al llegar al monumento de Colón se incorporó el Gral. García Peña dándole cuenta pormenorizada de lo que había pasado en el Palacio. Poco más adelante se agregó el Gral. Victoriano Huerta, que no tenía comisión alguna, situándose cerca de Madero. A medida que se avanzaba se incorporaban amigos y simpatizadores del Presidente.

Cerca del cruzamiento de Juárez y San Juan de Letrán fue recibida la columna con nutrido tiroteo, obligando a Madero y a su comitiva a buscar refugio en un edificio ocupado por la fotografía Daguerre, en tanto los alumnos del Colegio Militar rodilla en tierra contestaban la agresión.

Este inesperado percance obligó al Presidente a considerar de nueva cuenta la conveniencia de seguir hacia el Palacio. Las opiniones estaban divididas; pero se impuso el criterio de seguir adelante.

Aprovechando Huerta aquel momento de indecisión ofreció a Madero sus servicios alegando que el General Villar, Jefe de Armas de la Plaza, se encontraba herido. Con patética emoción dijo que ofrecía su vida para salvar las

Instituciones amenazadas por ambiciosos vulgares; que él se comprometía a restablecer la paz si le daba la oportunidad de hacerse cargo del Ejército leal. Presente estaba el General García Peña a quien consultaba con la vista Madero, y como no viera gesto alguno que indicara la inconveniencia de un nombramiento provisional y a la vez urgente, desde luego designó a Huerta Jefe de la Plaza.

Acallado el fuego enemigo por los alumnos del Colegio Militar, continuó la marcha. Para cuando llegó Madero a Palacio era aclamado por millares de personas, que pedían armas para combatir a los rebeldes.

Instalado Madero en Palacio, procedió a discutir la situación con los Ministros y amigos de confianza, en presencia del General Huerta, quien se retiró para organizar las tropas haciendo protestas de lealtad y de seguridad en aplastar a sangre y fuego la insurrección.

Se dispuso llamar a las fuerzas rurales del 8o. y 30o. Regimiento que guarnecían Celaya, Gto. y San Juan Teotihuacán. Como el General Felipe Angeles, de absoluta confianza, se encontraba en Cuernavaca con 2,000 hombres, el mismo Madero decidió personalmente ir a conferenciar con él. Salió inmediatamente en automóvil acompañado de varias personas. Al día siguiente, 10 de febrero, regresó en compañía del General Angeles al frente de sus hombres.

Para Madero la situación se aclaraba. No era posible que 1,500 hombres, encerrados en la Ciudadela, con todos los elementos con que pudieran contar, por valiosos que fueran, significaran más que el resto del ejército, y sobre todo, frente a un Gobierno Constitucional, electo por el pueblo.

Signos adversos

Frente al optimismo de Madero, subsistente a pesar de cuanto le habían dicho sus más íntimos amigos y sus más adictos correligionarios, que los hechos confirmaban, se urdía la obscura trama de la traición.

Concentrada la fuerza infidente en la Ciudadela, con limitado número de combatientes, solamente la traición podía convertir una clara victoria en una derrota. Ninguna posibilidad tenía Félix Díaz de recibir ayuda fuera del limitado radio de acción que dominaba, que aun cuando ofrecía magníficas posiciones defensivas, poco significaban ante la fuerza del Gobierno.

Cierto que el ambiente público había sido envenenado y cierto que la reacción cobraba bríos; pero el problema de la Ciudadela no era de carácter político sino militar, y en ese campo no había por qué dudar sobre el triunfo de las Instituciones legales.

Sorprende que una traición premeditada, cuya ejecución se llevó diez días, no hubiese sido frustrada. Cabe pensar en los designios inexcrutables del destino.

Preparación del golpe

Recibe el General Huerta plenos poderes militares del Presidente Madero. Asegura, teatralmente, que muy pronto someterá al orden a los infidentes. Confía Madero en el militar ostentoso y audaz, a pesar de cuanto se le ha dicho en su contra. No tiene duda alguna de que en el término de 48 horas las cosas volverán a su curso normal.

Sin prisas Huerta actúa en relación a sus objetivos personales. Prolongar la tensión nerviosa de la populosa ciudad, era uno de sus propósitos. Necesitaba impresionar en el sentido de que era punto menos que imposible tomar la fortaleza a sangre y fuego.

Pasa el día 9 sin gran aparato. Al caer de la tarde, como si se tratara de recordar lo que pasaba, son disparados algunos cañonazos desde la Ciudadela, que causan serios daños a edificios cercanos, especialmente a la prisión de Belén. En la noche vuelve el silencio, que se rompe al aclarar el nuevo día.

Aprovecha Huerta la llegada de refuerzos para retardar el ataque. Debe llegar Angeles con 2,000 hombres ese mismo día 10, anunciando en consecuencia el ataque a fondo para el día siguiente.

Para ese día se disponen los efectivos del Gobierno en plan de combate. Por delante van los rurales y en seguida la gente del General Angeles, dejando en reserva a las tropas regulares. A las diez horas principia el tiroteo, que gradualmente aumenta en intensidad, participando a poco la artillería de una y otra parte.

Durante ocho horas se combate sin cesar. Pierden los rurales importantes contingentes al intentar repetidos asaltos. Las ametralladoras de los insurrectos funcionan sin cesar ocasionando tremendos estragos. Los leales hacen infructuosos esfuerzos para acercarse a los muros de la fortaleza. El General Huerta insiste en el asalto como si tuviera la diabólica intención de sacrificar a los más adictos defensores de Madero. Ante el espectáculo de una inmolación criminal, el General Angeles interviene evitando que continúe la absurda matanza. Para entonces las cruces roja, blanca y verde, atienden a más de 1,500 heridos, y recogen como 200 muertos.

El espectáculo es espantoso. Los cañones ensordecen con su continuo estruendo. Más edificios son dañados por la metralla, en tanto que Huerta no decide un ataque en forma, maniobrando en detalle con la finalidad de ganar tiempo.

Se prolonga la confusa situación

Con pequeños intervalos continúan los combates hasta el día 18. Parece como que Huerta se complace en ello, no obstante las renovadas protestas de adhesión a Madero.

En tanto los cañones no cesan de vomitar fuego, la ciudad principia a sufrir seriamente los rigores de la escasez de alimentos, de luz, de agua, y de los más elementales servicios, a la par que circulan toda clase de versiones contrarias al régimen, versiones que tienen su origen interesado de los grupos de civiles partidarios de Félix Díaz.

Cuanto más se prolongaba la contienda, mayor es la confusión entre el público, y las dudas se extienden sobre la capacidad del Gobierno para sofocar la rebelión.

Los amotinados, a medida que pasan los días, se afianzan en la idea de que existe un interés preponderante en que la lucha continúe. No pueden localizar con precisión dónde radica; pero sienten esa colaboración, que los alienta a continuar en la brega, y no tardan mucho en darse cuenta de que es el General Huerta quien maniobra en tal sentido.

El secreto lo guardaba Félix Díaz. Había conferenciado con Huerta; pero conociendo sus turbios procedimientos, no tenía confianza en el cumplimiento de lo pactado. Sin embargo, era signo inequívoco de que Huerta se aliaría a la rebelión, la forma en que llevaba las acciones militares.

No era necesario conocer de estrategia para darse cuenta de que cuanto hacía Huerta significaba una victoria moral para los sublevados. Pero ¿cumpliría Huerta su compromiso de reconocer a Félix Díaz como Jefe del movimiento?

Por lo pronto, para los sublevados, lo importante era derrocar al Gobierno; después cada quien pensaba en lo mejor para sus intereses, y en este punto, muerto el General Reyes, lo indicado lógicamente, era que Félix Díaz se destacara en primer lugar, de manera que, aun cuando Huerta ambicionara cobrar cara su infidencia, tendría que aceptar esta situación.

La diplomacia y los intereses creados

Estoicamente resiste Madero la terrible situación. Se agrieta su autoridad, pierde la adhesión de quienes antes lo adulaban; recibe frente a frente la demanda de su dimisión, por conducto del Cuerpo Diplomático, de Senadores, Diputados, y aun de algunos de sus Ministros; pero él, imperturbable, firme en sus convicciones, rechaza con indignación toda insinuación indecorosa.

Contempla con infinito dolor el sacrificio de sus más fieles elementos integrantes de los regimientos de rurales, se da cuenta de la impotencia a que ha sido sometido el General Angeles, en quien, justamente, tiene completa confianza. La prolongación de la lucha es signo inequívoco de que algo existe que él, por su congénita bondad y buena fe, no había advertido. Se niega, aún así, a dar por hecho que la traición lo amenaza.

En tanto pelean denodadamente los soldados leales, que mueren porque a esto se les envía a la línea de fuego, una serie de incidentes graves colocan a Madero en situación desesperada.

El Senador Licenciado Francisco León de la Barra ofrece sus servicios a Madero y recibe la encomienda de hablar con Díaz y Mondragón con el fin de concertar un armisticio, en tanto dos representantes de cada parte proponen la forma de solucionar el conflicto.

En cumplimiento de la misión el Licenciado León de la Barra efectúa una entrevista con Díaz y Mondragón, quienes aceptan al armisticio con la condición irrevocable de la previa renuncia de Madero y Pino Suárez. Informado Madero de tal pretensión, la rechaza indignado.

Por su parte los Ministros de España y de Inglaterra y el Embajador de los Estados Unidos, hacen una primera visita a Madero, solicitando que se demarque una zona de fuego, haciendo la consideración de que es inaceptable que a una ciudad de la importancia de la de México se le someta a la acción de los combates. Madero contesta cortésmente que tiene la seguridad de dominar la situación en breve plazo.

Al mismo tiempo, día 14, en la casa particular del Senador Sebastián Camacho se reunieron los Senadores Juan C. Hernández, Ricardo Guzmán, Jesús Flores Magón, Guillermo Obregón, Víctor Manuel Castillo, Luis C. Curiel, Carlos Aguirre, Francisco León de la Barra, Emilio Rabasa, Rafael Pimentel y Tomás Macmanus. Asistió también el Ministro de Gobernación don Pedro Lascuráin. Hubo un intercambio de opiniones prevaleciendo la idea de pedir a Madero su renuncia, evitando así mayores males al país, y el riesgo de la intervención armada de los Estados Unidos. Se convino en efectuar una junta más amplia en la Cámara de Diputados, coincidiendo la idea con el propósito del señor Madero de informar al Senado sobre la situación prevaleciente.

La Asamblea tuvo lugar al día siguiente en la Cámara de Diputados sin que se reuniera quorum, no obstante haberse hecho la cita con la urgencia que demandaban los acontecimientos. Veinticinco Senadores pasaron lista de presente, y ante el Licenciado Lascuráin se llevó a cabo la sesión extralegal, tomándose los siguientes acuerdos:

"*Primero:* Consúltese al Presidente de la República en nombre de la supre-

ma necesidad de salvar la Soberanía Nacional, que haga dimisión de su alto cargo".

"*Segundo:* Hágase igual consulta al C. Vicepresidente de la República".

"*Tercero:* Nómbrese una comisión que haga saber al señor Presidente Madero y al señor Vicepresidente Pino Suárez, los acuerdos adoptados".

Fueron comisionados para el desempeño de la delicada misión los Senadores Gumersindo Enríquez y Diego Fernández.

Acompañados del Licenciado Lascuráin los 25 Senadores se trasladaron al Palacio.

Advertidos oportundamente Madero de la visita de los Senadores y de sus propósitos, comisionó a los Ministros Ernesto Madero, Manuel Bonilla y Jaime Gurza, para que lo excusaran expresando que había tenido necesidad de ausentarse por cuestiones urgentes.

Ante los Senadores, reunidos en la antesala de la Presidencia, los mencionados Ministros, después de los saludos protocolarios, don Ernesto Madero expuso la razón por la cual el Presidente no podía recibirlos y que, aunque sin la encomienda oficial, se permitía expresar que, atento a las condiciones especiales del Gobierno, había decidido el señor Presidente no renunciar a su puesto, pues tenía la seguridad de obtener el triunfo.

Replicó el Senador Enríquez expresando su pena por no transmitir personalmente al señor Presidente el acuerdo tomado por los 25 Senadores presentes, que aun cuando no constituían la mayoría de todas maneras su número era respetable, considerando interpretar el sentir de la mayoría, que dada la gravedad del momento de todas maneras expresaría la opinión de que era portador, expuesta en la sesión que habían celebrado. Que le suplicaba al señor Ministro hiciera del conocimiento del señor Presidente que los Senadores presentes habían acordado "suplicar al señor Presidente, al señor Vicepresidente y al Gabinete, que renunciaran a su alta investidura en aras de la patria, a impulsos del más sublime patriotismo"...

Agregó que la independencia de México estaba amenazada a pesar de cuanto oficialmente se decía, y en consecuencia, la actitud de los Senadores no cambiaría.

En un ambiente de aparente cordialidad se dio por terminada la embarazosa entrevista.

Aprovecha Huerta la desorientación general, tanto en lo que respecta al Gobierno como a los rebeldes encerrados en la Ciudadela, a quienes les faltan alimentos y no ven la forma de salir de la ratonera y en cambio esperan de un momento a otro la ofensiva formal de las tropas leales. Sus baladronadas no son sino cortinas de humo para ocultar su verdadera situación.

Al amanecer del día 18 cita urgentemente a los Senadores que habían pedido la renuncia de Madero. Acuden a su llamado los Senadores Sebastián Camacho, Gumersindo Enríquez, Juan C. Fernández, Emilio Rabasa, José Castellot, Ricardo Guzmán, Guillermo Obregón, Carlos Aguirre y Rafael Pimentel.

Insinúa Huerta la necesidad de actuar con rapidez para resolver la situación y para el caso dice necesitar del consejo de los Senadores, versados en cuestiones de leyes, ya que en lo militar las cosas no se presentaban como era de desearse.

Informan en seguida los Senadores a Huerta de la frustrada entrevista con el Presidente, y de lo expuesto al Ministro Ernesto Madero, sobre la necesidad de la renuncia del Presidente, del Vicepresidente y del Gabinete.

Con muestras de satisfacción Huerta encomió la actitud patriótica de los Senadores, empeñada decididamente a procurar para el país el bienestar que solamente puede conseguirse mediante la paz.

Con base en la amable atención de los Senadores, Huerta, dando a sus palabras el tono más solemne posible, expresó su sentimiento por los males causados con motivo de la lucha entre hermanos, lamentando el sacrificio de los que habían caído en cumplimiento de su deber; pero desgraciadamente sin resultados satisfactorios en atención a las circunstancias que rodeaban la empresa.

Después de una breve pausa, simulando hacer un gran esfuerzo al revelar la noticia que iba a dar a conocer, recargando el tono apesadumbrado de sus palabras, leyó un documento que había sido firmado el día anterior por los Generales Angel García Peña, Ministro de la Guerra, y Aureliano Blanquet, Jefe del 9o. Batallón, que no participaba todavía en la contienda, por motivos ignorados, aun cuando altamente sospechosos. En el documento se hacía constar el informe técnico del Coronel Rubio Navarrete, Jefe de la Artillería Legal, consistente en la imposibilidad de tomar por asalto la Ciudadela.

Honda impresión causó a los Senadores cuanto habían escuchado, afirmándose con mayor decisión en su empeño de pedir la renuncia de Madero. Aprovechó Huerta la coyuntura para ofrecer su intervención a efecto de lograr una entrevista con el señor Presidente, proposición que fue aceptada.

Para el efecto Huerta solicitó la cooperación del General García Peña, y de inmediato se trasladaron a Palacio, logrando ser desde luego recibidos.

Con extraordinaria serenidad escuchó Madero a los Senadores contestando, en tono comedido pero enérgico, que no había motivos graves que no pudiesen ser superados, para su dimisión, máxime cuando el pueblo libremente lo había elegido; que en consecuencia no le era posible complacerlos.

Consumación del cuartelazo

Había logrado Huerta sus propósitos. Contrariados los Senadores y alarmados por la situación le servirían incondicionalmente, como le serviría también el Embajador Norteamericano, partidario acérrimo de Félix Díaz. El mismo General Díaz, encerrado en la Ciudadela, suponiendo a su alcance los más poderosos elementos de guerra, no podría sostenerse indefinidamente y al intentar una salida fácilmente sería aniquilado. Quedaba indudablemente también a merced de Huerta.

En cuanto al Ejército Federal, con excepción del General Felipe Angeles y las debilitadas fuerzas rurales, estaba plenamente seguro de que todos los demás jefes le serían adictos, especialmente el General Aureliano Blanquet, que le había manifestado absoluta adhesión y quien se encontraba al tanto de los proyectos que pronto pondría en ejecución. Toda la mañana del día 18 que tantas alternativas había tenido, la pasó Madero en compañía de Pino Suárez, Lascuráin, Bonilla, Rafael Hernández, Vázquez Tagle, Ernesto Madero, González Garza y Marcos Hernández. El tema a discusión no podía ser otro que el de la revuelta, al que se le daban vueltas por todos los ángulos y se concluía por caer en el mismo punto crucial: la renuncia del Presidente y Vicepresidente de la República, que en ninguna forma debía aceptarse, ni siquiera como una lejana posibilidad. Se tomaba en cuenta que al renunciar ante la acción de unos cuantos militares ambiciosos, resultarían inútiles los sacrificios que se hicieron para el triunfo de la revolución.

Al mismo tiempo que en el Palacio Nacional se debatían los altos intereses de la Patria, representados por sus más significados funcionarios, Victoriano Huerta se dedicaba a consumar el cuartelazo. Para la ejecución de cuanto se había planeado quedaba Blanquet autorizado, de manera que el golpe fuese decisivo. Para tal objeto Blanquet cambió las guardias del Palacio, colocando soldados del 29o. Batallón que le eran incondicionales. Asegurados sus movimientos de esta manera, comisionó al Coronel Jiménez Riverol y al Mayor Izquierdo para que, al frente de un pelotón de soldados, aprehendieran al señor Madero, al Licenciado Pino Suárez y a las demás personas que se encontraban en el despacho presidencial.

A eso de las dos de la tarde entró Jiménez Riverol al salón en que se encontraba Madero y sus amigos, con paso vacilante y semblante sombrío. Su aparición causó sorpresa máxima cuando, dirigiéndose al señor Madero, le manifestó que por órdenes del General Aureliano Blanquet le comunicaba que el General Manuel Rivera, procedente del Estado de Oaxaca, venía con sus soldados en actitud de rebeldía. Que en consecuencia lo invitaba a ocultarse en un lugar previamente escogido en donde estaría completamente seguro. El señor Madero, sin perder la serenidad, con voz clara y terminante replicó que él no tenía por qué abandonar el Palacio y consecuentemente que si Blanquet deseaba insistir en ello, que acudiera personalmente a notificárselo. Como intentara Jiménez Riverol llevarse a Madero consigo sujetándolo de un brazo, protestó el Presidente en alta voz, haciendo acto de presencia el Mayor Izquierdo y tras él se apostó un pelotón de soldados cubriendo la puerta.

La traición tomaba cuerpo y los acontecimientos no dejaban lugar a dudas sobre que se estaban viviendo momentos decisivos. El Mayor Gustavo Garmendia, Ayudante del Presidente, se encaró a Jiménez Riverol y después de breve cambio de palabras Garmendia le disparó certero balazo dejándolo muerto. A la detonación irrumpieron en el salón los soldados con las armas preparadas a tiempo que el mayor Izquierdo les ordenaba que hicieran fuego. En ese instante el también ayudante del Presidente, Mayor Federico Montes, disparó sobre Izquierdo matándolo.

Las descargas resonaron con estruendo produciendo espesas nubes de humo. Se produjo tremenda confusión, que aprovecharon audazmente Garmendia y Montes dando órdenes a los soldados para que retrocedieran, lo que hicieron desalojando el salón.

En las alfombras había tres cadáveres: los de Jiménez Riverol, de Izquierdo y el de don Marcos Hernández, Introductor de Embajadores, y hermano del Ministro de Justicia Rafael Hernández, quien viendo en inminente peligro al Presidente Madero, lo cubrió con su cuerpo, salvándolo de una muerte segura.

El tiempo apremiaba; no podía perderse un instante ya que importaba antes que nada salvar a los primeros funcionarios del país, Madero y Pino Suárez. Las opiniones se cruzaban, pero en términos generales convergían en el sentido de que se procurara salir a la calle en donde a pocos pasos se encontraba un destacamento de rurales, a quienes momentos antes había arengado Madero siendo aplaudido y vitoreado. Ellos serían los primeros defensores para continuar la lucha contra los traidores.

Poniendo en acción lo proyectado, Madero tomó uno de los elevadores que dan al patio del Palacio y apenas había pisado tierra, le salió al encuentro el General Blanquet conminándolo a rendirse. No había ya duda alguna; en la propia casa se tenía al brazo ejecutor de la traición. Madero, a pesar de la situación, contestó a Blanquet con entereza: "es usted un traidor", a lo que éste,

elevando la voz, replicó: "es usted mi prisionero"; pero de nueva cuenta Madero con más energía le dijo: "usted es un traidor".

Nada había ya que hacer. A estos actos de fuerza bruta, de cobardía frente a la dignidad, siguió un simulacro de cuartel: pelotones de soldados marchaban en todas direcciones; se daban órdenes en alta voz que retumbaban en el ambiente; las ametralladoras se colocaban en dispositivos de combate; y entre el estrépito de armas, órdenes de trogloditas que destrozan las Leyes y pisotean la majestad de la Patria personificada en sus más altos dignatarios, pasaban los prisioneros de unos a otros corredores entre filas de rudos soldados: don Francisco I. Madero, Licenciado José Ma. Pino Suárez, Presidente y Vicepresidente de la República, y las demás personas, a excepción del Ministro Bonilla, que aprovechando el desorden, logró escapar.

•

En esos precisos momentos Huerta se encontraba en el restaurant Gambrinus. Se efectuaba un banquete que él mismo había preparado en honor de don Gustavo A. Madero, hermano del Presidente, a quien Huerta distraía de esta manera, para maniobrar a su gusto.

Era del dominio público que a don Gustavo Madero, no tan sólo no le inspiraba confianza Huerta, sino que había tenido con él diversos altercados y en un momento de ira le había echado en cara su falta de hombría y de honradez, puesto que con sobrados elementos no había recuperado la Ciudadela.

Con el pretexto de aclarar situaciones y demostrar su lealtad, Huerta organizó el banquete invitando a varios amigos de don Gustavo y a otros de la intimidad de él, para, teatralmente, significar que no había motivo alguno de distanciamiento entre quienes buscaban el mismo fin. La conversación se hizo general y en el momento oportuno Huerta manifestó sus simpatías, estimación y admiración por don Gustavo exaltando su carácter y patriotismo.

Cuando el ambiente parecía acercar a todos en una misma aspiración, el General Huerta se alejó para hablar por teléfono, regresando pocos minutos después excusándose por tener que retirarse.

Esta actitud de Huerta dejó a don Gustavo profundamente preocupado, presintiendo que ese llamado telefónico algo grave significaba y dentro de su preocupación pensó inmediatamente en ir a Palacio. Las cosas caminaron más aprisa de lo que pudiera pensarse y los temores de don Gustavo estaban plasmándose en hechos, de manera que nada quedaba por hacer.

Entre tanto Huerta, antes de ir a Palacio, dictó varias órdenes de carácter militar con el objeto de afianzar el golpe de Estado. Dispuso que don Gustavo

y don Adolfo Bassó, Intendente del Palacio, que también estaba en el banquete, fueran detenidos conduciéndoseles a Palacio.

Cuando Huerta consideró propicio el momento hizo su entrada a Palacio recibiendo del General Blanquet los más ostentosos honores. Informado de todo cuanto había sucedido, ordenó la libertad de los Ministros y demás funcionarios, con excepción de los Generales Felipe Angeles y José Delgado. En cuanto a don Gustavo y a don Adolfo Bassó dispuso que se complaciera el pedimento de los rebeldes de la Ciudadela y ordenó se les enviaran. La crueldad de Huerta adquiría relieves infernales; pues sabía que serían bárbaramente sacrificados, como en efecto sucedió.

Llegaron los presos a la Ciudadela en donde los esperaban Félix Díaz y Mondragón, además de un grupo de civiles capitaneados por el Licenciado Cecilio Ocón, individuo de pocos escrúpulos, que a toda costa trataba de congraciarse con el General Díaz.

Siguió un simulacro de proceso organizado por Ocón, dando lugar a que los civiles, serviles y cobardes, descargaran sobre los indefensos presos los más soeces insultos, acompañados de golpes. Cuando la comedia había llegado a despertar los instintos bestiales de los circunstantes ordenó Félix Díaz que los reos fuesen trasladados a otro cuarto.

Salieron a un patio seguidos de Ocón y del grupo de civiles, que hacían la comparsa a la escolta que conducía a los reos. Continuaban en voz alta los insultos, arreciaban los golpes y un soldado con una bayoneta pinchó el ojo bueno de don Gustavo, produciéndose el más espantoso espectáculo, impropio aun de los hombres de las cavernas. Siguieron después de los golpes para rematar a la víctima con una descarga de fusiles.

Quedó tendido el cuerpo de don Gustavo empapado con su propia sangre. No había cometido más delito que el ser fiel al gobierno de su hermano. Jamás se le ha formulado cargo alguno que mereciera castigo semejante.

Minutos después, con menos demostraciones de salvajismo fue muerto Bassó.

La Embajada de los Estados Unidos

El Embajador de los Estados Unidos, Mr. Henry Lane Wilson, decano del Cuerpo Diplomático, hombre versado en los asuntos diplomáticos, pero engreído de su propio valer, por las distinciones que recibía tanto de las esferas oficiales como de los demás representantes de los países amigos, daba a sus actuaciones una importancia que sobrepasaba los límites de su gestión diplomática.

En el caso de la decena trágica, en esa tragicomedia que costó centenares de vidas y transformó la organización política y social del País, la participación

de Lane Wilson fue de tal manera notoria y de tal forma absurda que llegó a límites increíbles.

Desde el momento mismo en que se iniciaron las operaciones militares en la ciudadela, Lane Wilson manifestó un desbordado interés por intervenir y tratando de encubrir sus actividades con frecuencia citaba al Cuerpo Diplomático para cambiar impresiones y decidir lo que debía hacerse en defensa, según él, de las familias extranjeras así como de los ciudadanos mexicanos ajenos a la contienda. De esta actitud se originaron algunos actos fuera de todo principio legal y de toda consideración de respeto a la soberanía de México.

Se puso en comunicación con el General Díaz, encerrado en la ciudadela, por medio del señor Enrique Zepeda. Al mismo tiempo estrechó relaciones amistosas con Victoriano Huerta influyendo en su ánimo para que, de acuerdo con Félix Díaz, se diera término a la angustiosa situación que privaba en la ciudad de México.

Por supuesto que para Huerta aquella intervención del Embajador americano le abría de par en par las puertas de sus ambiciones y convirtió al señor Lane Wilson en su confidente y en su director espiritual en todo aquello que a sus planes convenía.

En la Embajada se establecieron las comunicaciones entre Huerta y Félix Díaz, conviniendo ambos en que Huerta daría los pasos necesarios para que la contienda armada terminara, en la inteligencia de que, en su debida oportunidad, formularían los términos para garantizar a cada parte lo que correspondiera en el reparto final.

Tan descaradas eran estas maniobras, que pronto trascendieron al público y no podían quedar fuera del conocimiento de los amigos de Madero, diputados y senadores, así como del grupo político afín a Madero y, consecuentemente, se trató de influir por todos los cauces posibles ante la mente de don Francisco I. Madero para que destituyera a Huerta del puesto que le había confiado, considerándolo un elemento peligroso.

Sabemos que Madero no dio crédito a cuanto se decía de Huerta, ni aun en el caso evidente tratado por su hermano Gustavo, quien había desarmado a Huerta durante una acalorada discusión, poniéndolo virtualmente preso, y don Francisco se opuso ordenando su libertad. Conferenció con él, recibiendo las demostraciones más serviles que pueda hacer un hombre carente de dignidad y a pesar de todo lo conservó en su puesto.

Para el Embajador Lane Wilson, Madero era simplemente un loco pernicioso al País y digno de ser eliminado como Presidente de la República. No le concedía capacidad alguna para gobernar y, consecuentemente, debía hacerse el esfuerzo máximo para eliminarlo de sus altas funciones.

Bien que el señor Lane Wilson tuviese esa opinión de Madero, pero mal que

actuara como si estuviese en su propio país. Su intervención en la política mexicana fue clara y abierta y puede decirse que definitiva por cuanto a que facilitó los designios perversos de Huerta.

Cuando el General Huerta en su carácter de Jefe de las Fuerzas del Gobierno, con la renuncia del Presidente y Vicepresidente de la República, Madero y Pino Suárez, el Embajador Wilson le hizo presente sus cordiales felicitaciones y sus deseos porque se realizaran los propósitos de que llegase a la Presidencia de la República y estableciera el orden y la paz en el País.

Para darle forma a las impresiones que se habían cambiado entre Huerta y Díaz, citó a ambos en la Embajada a la que acudieron, acompañados del General Manuel Mondragón y del Lic. Rodolfo Reyes. Después de los saludos de rigor y de los abrazos efusivos, se entró en largas y embarazosas discusiones, surgiendo lo que se dio en llamar el Pacto de la Ciudadela.

En ese plan se establecía que Huerta sería el Presidente Provisional de la República, comprometiéndose a convocar a elecciones a la brevedad posible a efecto de que Félix Díaz pudiese llegar a la Presidencia mediante el voto popular.

En el mismo pacto se señalaba a las personas que formarían el Gabinete, en el cual figurarían, en su mayor parte, elementos que el propio Félix Díaz designaría.

Toda esta trama y estos formulismos denigrantes se firmaron por las partes interesadas, pero allá en el interior del espíritu de Huerta había el propósito definido de no cumplir, como vino a confirmarlo el tiempo.

La farsa en plan de altura

Dueño Huerta de la situación militar, procedió a informar de la prisión de Madero y Pino Suárez, en primer lugar al Embajador de los Estados Unidos, rogándole que hiciera conocer la situación al Cuerpo Diplomático, al Presidente de los Estados Unidos Mr. William H. Taft, y a los Generales Díaz y Mondragón.

Esta actitud convertía en certeza la versión que circulaba en los centros políticos y sociales, sobre el entendimiento de Huerta y el Embajador de los Estados Unidos. De otra manera no se explica que comisionase a Mr. Lane Wilson para que le sirviera de intermediario con los Generales Díaz y Mondragón. Había en esta actitud de Huerta una lógica secuencia de hechos, que se proponía aprovechar en toda su extensión.

Colocado Mr. Lane Wilson en este plano inclinado, se veía comprometido a continuar en la pendiente. Si formaba parte de un complot, que según las pre-

sunciones lo hacía por convicción, sentía el deseo de actuar hasta conseguir que el desastre (según él) de la administración maderista fuese corregido, por un hombre fuerte, militar y políticamente, para bien de México.

En esta forma pensaba y actuaba en consecuencia. Ayudó eficazmente a la caída de Madero y continuaba saboteando toda acción encaminada a proteger su vida.

Había perdido la noción del papel que le correspondía como Embajador, y en forma cada vez más descarada intervenía en los problemas que correspondía resolver exclusivamente a los mexicanos.

El día siguiente de la caída de Madero Mr. Lane Wilson envió al Departamento de Estado de su país el siguiente mensaje: "El Presidente de la República y el Vicepresidente han renunciado, y sus renuncias se presentaron ante el Congreso, el cual naturalmente las aceptará. Por ministerio de la ley el Poder Ejecutivo recaerá en el señor Lascuráin, quien no ha tenido oportunidad de renunciar. Este asumirá el cargo durante pocos momentos y después el General Huerta será proclamado Presidente Provisional y anunciará inmediatamente el siguiente Gabinete: Relaciones Exteriores, De la Barra, Hacienda, Toribio Obregón. Guerra, General Mondragón. Fomento, Robles Gil. Gobernación, García Granados. Justicia, Rodolfo Reyes. Instrucción, Vera Estañol. Comunicaciones, De la Fuente".

En efecto ese mismo día Huerta designó como Secretarios del Gabinete a las personas mencionadas, cumpliendo en parte con el llamado Pacto de la Ciudadela.

•

Con engaños Madero y Pino Suárez habían firmado sus renuncias de Presidente y Vicepresidente Constitucionales de la República. Se les había ofrecido respetar sus vidas, enviándolos al Puerto de Veracruz para que se trasladaran al extranjero, aprovechando la oferta hecha espontáneamente por el Ministro de Cuba, poniendo a su disposición el crucero Cuba anclado en el Puerto.

Las renuncias fueron entregadas al Licenciado Pedro Lascuráin, Ministro de Relaciones Exteriores en el Ministerio de Madero, con instrucciones de que no fuesen presentadas hasta que ambos estuviesen en el Puerto de Veracruz.

A pesar de estas instrucciones, Lascuráin procedió en forma distinta, ya por impulso propio o por amenazas o temores, que en ninguna forma podían ser justificables, pero lo cierto del caso es que una vez en manos de Huerta las renuncias, procedió de inmediato a citar a los Diputados para que en sesión plena las aprobasen y se continuara el proceso constitucional correspondiente.

Reunido el Congreso, aun cuando en forma irregular por falta de quórum, se

dio cuenta con las renuncias que fueron aprobadas designándose al mismo señor Licenciado Pedro Lascuráin, como Presidente, de acuerdo con la Constitución. Pasados 20 minutos, Lascuráin designó al General Victoriano Huerta, Ministro de Relaciones Exteriores, y minutos después presentó su renuncia como Presidente de la República y el Congreso designó como tal a Victoriano Huerta.

•

Amaneció el día 19 después del cambio brusco de gobierno. Grupos azuzados por los felicistas recorrieron las calles tumultuosamente provocando incendios y saqueos. No hubo la presencia de personas de solvencia moral. La brutalidad se hacía presente en apoyo de un cuartelazo carente de todo sentido patriótico.

Entre tanto los familiares y amigos de Madero y Pino Suárez hacían activísimas gestiones cerca del Embajador de los Estados Unidos, de Cuba, Chile, España y Japón solicitando sus buenos servicios para garantizar la vida de Madero y Pino Suárez. Se enviaron mensajes al Presidente de los Estados Unidos solicitando que influyera con Huerta para que respetara la vida de los prisioneros.

En cumplimiento de estas peticiones, y en el caso del Ministro de Cuba, don Manuel Márquez Sterling, también motu proprio, para mantener al respecto una línea de conducta seria, envió al de los Estados Unidos una comunicación fechada ese mismo día 19 en la que, en la parte fundamental, decía: "Me permito rogar a Vuestra Excelencia que disponga del Crucero Cuba anclado en el Puerto de Veracruz por si la mejor medida fuese sacar del País al señor Madero y, asimismo, que cuente con mis humildes servicios para todo lo relativo a dar asilo en dicho crucero al infortunado Presidente preso".

El Embajador de los Estados Unidos no dio crédito alguno a esta oficial solicitud porque allá, en su fuero interno, él coincidía con la idea de Huerta de que Madero y Pino Suárez, vivos, serían un gravísimo problema para el nuevo gobierno.

En atención a la frialdad del Embajador de los Estados Unidos, los Ministros de Cuba y de España acudieron personalmente a Palacio con el propósito de entrevistarse con Huerta. Encontraron ahí al Ministro de Chile señor Hevia Riquelme que conversaba con el General Blanquet, haciendo gestiones en el mismo sentido.

Solicitaron de inmediato una entrevista con el General Huerta, que al General Blanquet le pareció muy oportuna, y sonriendo, dijo que lo esperaran unos

momentos. Desapareció por una puerta para aparecer de nueva cuenta instantes después, expresando su pena porque el General Huerta estaba dormido.

Al despedirse de Blanquet, éste manifestó que podían irse completamente tranquilos pues las vidas de Madero y Pino Suárez estaban a salvo desde el momento en que, habiendo firmado sus renuncias, no había obstáculo alguno para ser trasladados de inmediato a Veracruz, como se había convenido.

Pero el tiempo transcurría y no se veía ningún acto encaminado seriamente a proteger a Madero y Pino Suárez. Un pretexto, otro, y otro más, se enredaban en las horas que iban transcurriendo para diferir la salida del tren que debía llevar a los prisioneros al Puerto de Veracruz, y esto significaba que había algo oculto que se alejaba radicalmente de tales propósitos.

El Embajador de Cuba, testigo presencial de los hechos, considerando que a medida que el tiempo pasaba se hacía más grave la situación, al salir del despacho Presidencial, después de la infructuosa visita, fue directamente a la Intendencia encontrando a Madero, Pino Suárez y al General Angeles.

Nada alentador era el cuadro. Fue recibido con efusión, como si su llegada tuviese el significado de una garantía de salvación. Madero, tan presto se sentaba como se paraba para dar vueltas de uno a otro extremo del cuarto. Comentaba lo sucedido como algo que no ha terminado, cuyo fin forzosamente ha de ser satisfactorio. Pino Suárez y Angeles no compartían las conjeturas optimistas de Madero, a juzgar por sus semblantes, aun cuando no se atrevían a contrariarlo.

Luego, como hablando consigo mismo, expresaba sombríamente: nada ganarán con matarnos, al contrario, provocarían una nueva revolución. Y dirigiéndose a Márquez Sterling le preguntó por Gustavo, su hermano. Piadosamente le ocultó el Embajador su terrible muerte. Madero insistía: es que Gustavo es impulsivo; pero en esta ocasión fue vidente, causó a Huerta una de sus más dolorosas vejaciones, y temo por su venganza.

Márquez Sterling, tratando de llevar la conversación a un plano de optimismo, les informó sobre la plática que había sostenido con el General Blanquet en compañía de los Embajadores de España y de Chile, insistiendo en las seguridades que les había dado Blanquet de que ese mismo día 19 saldrían los prisioneros hacia Veracruz en el tren que ya estaba listo en la estación.

Pero los hechos hablaban con mayor elocuencia. La tarde se había esfumado en la obscuridad de una noche llena de negros presagios. El Embajador, tan preocupado como los presos, ofreció pasar la noche con ellos, en espera, según expresó, de acompañarlos a la estación llegado el momento de la partida.

A media noche un enviado de Huerta fue a comunicar a los presos que la salida a Veracruz sería hasta el día siguiente. Con esta noticia abandonó la estancia Márquez Sterling, ofreciendo regresar oportunamente.

Como el General Huerta no cumpliera su ofrecimiento de que el día 19 serían llevados Madero y Pino Suárez a Veracruz, la intranquilidad se acentuó entre quienes tenían interés, llegando a crearse situaciones de profunda angustia.

El día 20 el Embajador de los Estados Unidos recibió un mensaje del Secretario de Estado de su país concebido en los siguientes términos: "Aun cuando es un deber general de este Gobierno conservar la influencia que posee, para usarla en favor de sus ciudadanos y sus intereses nacionales, la consulta que le hizo el General Huerta respecto al tratamiento que había de dársele a Madero, tiende a dar a usted cierta responsabilidad en el caso. Además, es obvio decir que un tratamiento cruel para el ex Presidente dañaría ante los ojos del mundo la reputación de la nación mexicana, y este Gobierno seriamente espera no oír ningún tratamiento de esa naturaleza y espera saber que ha sido tratado en una forma compatible con la paz y con la humanidad. Sin asumir ninguna responsabilidad, puede usted usar, a su discreción, estas ideas en su conversación con el general Huerta. Knox".

Este mensaje contiene una evidencia condenatoria en contra del Embajador Lane Wilson, pues si el general Huerta consultó con él el tratamiento que debía dársele a Madero ello significa que obraban de común acuerdo. Así lo entendió Mr. Knox y discretamente le advierte: "que esa consulta tiende a darle cierta responsabilidad en el caso" y observa sobre el daño que causaría a la reputación de la nación mexicana el hecho de que no se tratara en forma humanitaria al Presidente caído.

Pero el refinamiento de crueldad del General Huerta no se detenía ante consideraciones que pudieran menoscabar el poder tiránico que pensaba ejercitar. Tenía a su alcance demostrar que él lo podía todo inclusive eliminar a quienes le hicieron sombra, y no iba a perder esa oportunidad.

A los requerimientos que le llegaban por diferentes conductos, explicaba que habiendo recibido un telegrama del jefe de las operaciones militares en Veracruz, General José Refugio Velazco, no muy satisfactorio, había determinado diferir el viaje por un día más.

Citó el General Huerta con carácter urgente a sus Ministros y a los Generales Félix Díaz y Mondragón. Inició la sesión Huerta y en tono solemne, manifestó que constituían para él un motivo de inquietud los señores Madero y Pino Suárez; que sus principios humanitarios le indicaban la conveniencia de ponerlos en libertad; pero que, por otra parte la tranquilidad del País demandaba imperiosamente que se mantuviera a toda costa la paz. Que encontrándose en esa encrucijada deseaba conocer la opinión de sus consejeros.

No hubo resultado positivo alguno por cuanto a que hubiese una decisión

definida, pues las opiniones se emitieron sin coordinación alguna y nadie se atrevió a expresar concretamente lo que debía hacerse. La disyuntiva era tremenda: libertad o muerte.

Para Huerta no había necesidad de un acuerdo categórico, siendo su Gabinete, y de Félix Díaz y Mondragón llegara a la tensión necesaria de manera de colocar el problema en un plano de incertidumbre y de inquietud. Por lo demás, como no había una sola voz que abogara por que se respetaran las vidas de los prisioneros, virtualmente se colocaban en el otro extremo.

¿Qué sucedería? La incertidumbre en que quedaron los Ministros se prestaba a toda clase de conjeturas; pero en la conciencia de todos se había grabado la idea de la tragedia. Por algo, después de este incidente, uno de los Ministros, el Lic. Jorge Vera Estañol, al escribir años después su libro *La Revolución Mexicana* pinta a Huerta con estos negros perfiles: "De sesenta y un años de edad, físicamente recio e inmune al trabajo, excesos y vigilia; despejado de inteligencia en los períodos normales, malicioso y suspicaz; militar por meollo y educación; sostenido y tenaz en sus determinaciones también durante los períodos normales, y hombre de acción; pero egoísta, inmensurablemente ambicioso, renuente a la noción del deber, ignorante o desdeñoso de toda energía individual o social, libre, maquiavélico, falaz hasta la decepción de sí mismo, brutal, arbitrario, disoluto y por remate alcohólico empedernido con las consiguientes intermitencias de abulia y ofuscación, Huerta, bajo la acción aumentativa del poder, es dentro del Gobierno el elemento disolvente por excelencia".

•

Madero y Pino Suárez veían acercarse el fin de su existencia. Habían perdido toda esperanza y la inquietud y empeño de sus amigos en salvarlos, para ellos era el síntoma más firme de lo que les esperaba.

El día 21 recibió Madero la visita de su señora madre y ante ella don Francisco se arrodilló besándole la mano, y pidiéndole perdón por la muerte de Gustavo, pues para esos momentos ya don Francisco estaba enterado de su martirio.

Mientras la Embajada de los Estados Unidos, la noche del 22 se engalanaba con fastuoso homenaje en honor del libertador Washington y se hacían votos por la paz de México, brindando con champagne Lane Wilson y Huerta, don Francisco I. Madero y don José Ma. Pino Suárez, eran sacados del Palacio Nacional para ser llevados a la Penitenciaría, obedeciendo órdenes directas de Huerta. Se trataba, según lo ofrecido, de llevarlos a lugar más seguro en tanto se les enviaba a Veracruz para que se embarcaran.

Cuando llegaron frente a la Penitenciaría, por el lado de atrás, se indicó a los prisioneros que bajaran. En ese momento sonaron los primeros disparos cayendo muerto el señor Madero, perforada la cabeza por dos proyectiles, e instantes después el señor Pino Suárez, herido también en la cabeza por tres balas, caía para no levantarse más.

Los mismos esbirros tirotearon los automóviles tratando de hacer creer en un asalto efectuado por los Maderistas. La burda maniobra nadie podía creerla, máxime cuando no hubo heridos ni de las fuerzas causantes materiales de la muerte de los prisioneros, ni de las personas que se dice efectuaron el ataque. La opinión pública condenó el ignominioso crimen, principiando a gestarse la más tremenda revolución.

En esta forma sucumbieron dos hombres buenos, paladines de la libertad, y enamorados de los principios democráticos.

Es ley eterna que los pueblos, para su grandeza, necesitan de los mártires.